

III Curso para Rectores de Seminarios Mayores de América Latina y El Caribe

Quito, 11-13 de junio de 2018

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

VI. El protagonismo de los seminaristas

Martes 12 de junio de 2018

Introducción

La *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* dedica dos breves artículos al tema de los seminaristas como responsables de su propia formación:

130. Como se ha dicho, cada seminarista es **protagonista de su propia formación** y debe hacer un camino de constante crecimiento en el ámbito humano, espiritual, intelectual y pastoral, teniendo en cuenta **la propia historia personal y familiar**. Los seminaristas son también responsables de la **creación y mantenimiento de un clima formativo** coherente con los valores evangélicos.

131. Se espera que los seminaristas, individualmente y en grupo, muestren – no sólo en su comportamiento externo – que **han interiorizado un estilo de vida auténticamente sacerdotal, en la humildad y en el servicio a los hermanos**, signo de la opción madura de emprender un especial seguimiento de Cristo.

Se llama “protagonista” a la persona que desempeña un papel principal. Partimos del reconocimiento de que **el mismo seminarista debe hacer un camino** de formación integral. Llama la atención que la *Pastores dabo vobis* utiliza la expresión “protagonista” en el contexto de la formación sacerdotal para referirse al Espíritu Santo (33) como garante de la vida espiritual, a la comunidad eclesial que cuida de las vocaciones (41), a todos los agentes de la formación (65) y en particular a los seminaristas (69). Con este uso del término se está aludiendo a una ágil colaboración en la que confluyen los distintos agentes formativos para el bien del seminarista. **El responsable de esta sinergia es el mismo seminarista** a quien la *Pastores dabo vobis* no duda en llamar “protagonista necesario e insustituible de su formación”. Veamos cómo lo dice:

69. El mismo aspirante al sacerdocio es también **protagonista necesario e insustituible de su formación**: toda formación -incluida la sacerdotal es en definitiva una auto-formación. **Nadie nos puede sustituir en la libertad responsable que tenemos cada uno como persona.**

Ciertamente también el futuro sacerdote —él el primero— debe crecer en la conciencia de que el Protagonista por antonomasia de su formación es el Espíritu Santo, que, con el don de un corazón nuevo, configura y hace semejante a Jesucristo, el buen Pastor; en este sentido, el aspirante fortalecerá de una manera más radical su libertad **acogiendo la acción formativa del Espíritu**. Pero acoger esta acción significa también, por parte del aspirante al sacerdocio, **acoger las «mediaciones» humanas de las que el Espíritu se sirve**. Por esto la acción de los varios educadores resulta verdadera y plenamente eficaz **sólo si el futuro sacerdote ofrece su colaboración personal, convencida y cordial.**

La perspectiva pedagógica

El reconocimiento del protagonismo del seminarista cambia radicalmente la perspectiva pedagógica de los formadores. **Lo que el seminarista hace libre, razonable y voluntariamente es realmente lo más importante.** Todos los demás agentes y medios de la formación se ordenan a este fin.

Hay **un cambio de perspectiva**, porque no podemos seguir programando acciones de los formadores que consideran al seminarista un receptor pasivo; al contrario, hemos de **considerarlo responsable de su auto-formación**. Estamos hablando de un principio pedagógico básico: la acción formativa no procede de arriba (formadores) hacia abajo (seminarista) ni de afuera (medios formativos) hacia dentro (interioridad), sino de abajo hacia arriba y de dentro hacia fuera.

Esta dinámica pedagógica **no se opone al proceso de “internalización”** de los valores objetivos y revelados. Más bien lo promueve, porque **es el mismo seminarista quien se abre a este modo de vivir**, admitiendo como bueno para sí el ideal que le es

presentado de manera objetiva. Se trata de ser el sacerdote que la Iglesia particular necesita.

Si esto es así, la acción del formador consistirá principalmente ya no en dirigir o mandar, sino en **escuchar y acompañar**; el objetivo ya no se limitará a poner medios, sino que consistirá en **motivar y garantizar su aprovechamiento**. Las acciones centrales del formador ya no son organizar, controlar, inspeccionar, corregir, enseñar, permitir o prohibir. Ahora deberá observar, confrontar, animar, alentar, estimular, expresar la valoración de un crecimiento. Así se dibuja **un nuevo liderazgo formativo, que pertenece no tanto al formador como individuo sino al equipo formador y a la comunidad educativa**.

Evolución del protagonismo del seminarista

En el lenguaje espiritual clásico esta actitud es definida como la “humildad para recibir correcciones” o, desde otro punto de vista, como la disponibilidad a “purificar las motivaciones”. Las dos expresiones son imprecisas y pueden prestarse a confusiones, pero queda claro que la vida espiritual y vocacional exige esta confrontación. La capacidad actual de confrontar las motivaciones se perfila así como un nuevo criterio de discernimiento vocacional. No basta con la conducta positivamente comprobada ni con una aproximación a las motivaciones, es del todo necesaria la actitud humilde del que sabe aceptar la confrontación, e incluso la pide, porque está dispuesto a corregir la senda.

Aún podemos desplegar este criterio en dos distintos. Primeramente, la apertura a la confrontación. En un segundo momento, la aceptación cordial de lo confrontado y su integración en un único proceso. Para ambos aspectos podemos trazar un camino evolutivo que será conveniente observar en el proceso formativo:

a) En la línea de la apertura a la confrontación podríamos señalar tres momentos:

▪ El primero consiste en la **mera disposición a recibir la confrontación** cuando ésta ocurra. Observar si la persona es capaz de reaccionar positivamente ante ello y cómo aprende a hacerlo poco a poco.

▪ El segundo momento consiste en que dé el paso a **pedir las correcciones**. Esto supone la conciencia más clara del propio yo con sus contradicciones.

▪ Un tercer momento consiste en que haya adquirido tal conciencia de sí mismo que no le extraña la confrontación, sino al contrario, mantenga, de modo permanente, una **actitud crítica ante el propio comportamiento**, proporcionándose a sí mismo un camino de crecimiento.

Estos tres estadios deberán darse durante la formación inicial, de modo que, sobre todo el tercero, se pueda continuar en la formación permanente.

b) En la línea de la aceptación e integración de las motivaciones también se puede marcar un proceso evolutivo:

- En primer lugar que el individuo “**tome nota**”, es decir, ponga verdadera atención al reporte que recibe de sus impulsos contrarios a los valores y haga memoria de ello. Esto se puede verificar en su capacidad de reportar a un orientador. La confrontación no queda como un mal recuerdo en el pasado, sino como una advertencia que es estimada en su sentido concreto y por ello es agradecida. El individuo puede aceptar la confrontación pero no reducir la gratificación de los impulsos que están debajo. Cuando esto ocurre hay mayor conciencia de la contradicción pero no se perfilan actitudes nuevas, incluso pueden recrudecerse los comportamientos gratificantes.

- En un segundo momento la actitud ante la confrontación es de aceptación más plena. El sujeto **decide permanecer atento** a este rasgo de su personalidad de modo que prevé el impulso que va a surgir y es ya conocido para él, de esta manera se aproxima a una moderación de sus reacciones.

- En un tercer momento la persona ha dado una orientación precisa a sus impulsos desde el punto de vista de la fe y de los valores de su vocación, de modo que **mira sus propias deficiencias o tendencias con afecto**, como una bendición y un camino concreto para hacer especialmente viva su opción por los valores. En este caso el impulso es integrado en la personalidad a partir de **un significado que la persona le otorga**. Esta integración ha hecho a la persona más libre y más dueña de sí misma.

El protagonismo del seminarista a lo largo de las etapas

Si nos colocamos en la perspectiva pedagógica de quien valora los pasos que va dando el seminarista, tendremos que observar tres realidades que se dan en él.

- **El dato primario es la conducta objetiva** del seminarista en la línea de los valores de la vocación humana, cristiana y sacerdotal. Es observar cómo se ajusta su conducta.

- **El dato secundario son las motivaciones** que conducen desde el fondo las decisiones del seminarista. Es intuir el para qué de su comportamiento.

- **El dato terciario es la integración de las motivaciones** que consiste en una asimilación cordial de la propia realidad que permite al seminarista abrazar los valores de un modo cada vez más auténtico, personal e irrepetible.

Etapa propedéutica

Es una etapa inicial. En ella se propone una revisión general de la personalidad y de la iniciación cristiana. El seminarista se sabe confrontado, como si se mirara al espejo y llega a un **reconocimiento puntual**, más o menos detallado de sus propias cualidades y defectos. Reconoce también con claridad **las deficiencias en su formación** cristiana. El resultado final es una persona **dispuesta para la formación**.

- El dato primario o conducta objetiva consiste en que **aproveche los medios** que se ofrecen para su formación, aprenda a realizar las actividades que corresponden a cada una de las dimensiones formativas y **se abra en la relación de acompañamiento** con los formadores.

- El dato secundario o motivación consiste en que **reconozca con sencillez algunas ambigüedades** que existen en su comportamiento y perfil, a partir de un mayor conocimiento de la vocación y de sus valores, los motivos de su opción.

- El dato terciario o integración de las motivaciones consiste en que **acepte las correcciones que se le hacen con serenidad y ponga los medios para mejorar** lo que sea conveniente.

Desde la etapa propedéutica debe ser notoria la **buena disposición para la formación**, es decir, que se haga verdadero protagonista de la misma. Este es un criterio de discernimiento para el paso a la siguiente etapa.

Etapa discipular o de los estudios filosóficos

En esta etapa se ponen los fundamentos de la personalidad cristiana del seminarista. Objetivadas las carencias y posibilidades del sujeto ahora se trata de trabajarlas asiduamente. Es el momento para la enseñanza de los métodos en todas las dimensiones formativas. Una formación sistemática, que logre crear hábitos. Estos hábitos se pondrán en funcionamiento en las etapas siguientes.

- El dato primario consiste en que se vayan perfilando **actitudes positivas y constructivas** hacia la comunidad formativa y en el servicio apostólico. Está dispuesto a enfrentar sus limitaciones con la ayuda de los formadores y en una relación transparente con ellos. **Asume los medios formativos sistemáticamente formando hábitos**. Aplica estos hábitos a realidades y circunstancias fuera de la casa de formación, como los tiempos de vacaciones, o la realidad de la familia o el apostolado.

- El dato secundario viene dado por la **capacidad de cuestionar su proyecto** vocacional y reformular los motivos de su opción. El diálogo profundo con los formadores y el trabajo continuo sobre sí mismo ha hecho de él una persona más segura y serena y por ello más capaz de comprender a los demás.

▪ El dato terciario puede comprobarse en la **capacidad de compartir el propio proyecto y de acoger las orientaciones de otros**, sobre todo las metodológicas, como datos válidos, sin ofrecer demasiadas resistencias. Consiste en cultivar la confianza básica en que Dios conduce la propia historia a través de mediaciones personales.

El seminarista de la etapa discipular **ha asumido la autoformación**, no para hacer su voluntad, sino para realizar la voluntad de Dios sobre su vida en el servicio a su pueblo. Por este motivo el criterio para el paso a la siguiente etapa es que se perfile como un candidato a las órdenes, dispuesto a poner al servicio de la comunidad cristiana todo lo que es y lo que tiene aprovechando coherentemente los medios formativos.

Etapas configuradora y de síntesis vocacional

Esta etapa de la formación inicial ha de llevar al seminarista a **interpretar los datos concretos de su personalidad** en la clave de la unión mística con Cristo Pastor y de la asimilación del carisma de la caridad pastoral. Ya debe hacer una interpretación vocacional de su personalidad. La parte vulnerable es leída como ocasión para que actúe la gracia de Dios (soy fuerte abrazando la debilidad). La parte germinativa es interpretada como un don ordenado a la misión (me comprendo como destinado al servicio). La personalidad en su conjunto es vista desde el amor redentor, unida al misterio de la cruz desde la clave de la vocación presbiteral.

▪ El dato primario está en las **actitudes positivamente comprobadas que dan calidad y densidad a la propia vivencia vocacional**. Es decir, traducen los valores sacerdotales en esta personalidad irrepetible, de un modo original y auténtico. De modo que se perfila una manera específica de vivirlos. Hay solidez de la conducta en relación a los valores.

▪ El dato secundario consiste en **mirar con ojos nuevos la propia realidad personal, releendo las propias virtudes y defectos con simpatía**, tal como Dios las mira e incluyendo todo ello en un solo proyecto que el seminarista sabe bendecido por Dios. Hace así una interpretación espiritual de la personalidad con sus virtudes y defectos.

▪ El dato terciario consiste en **interpretar con prontitud los propios aciertos y las propias deficiencias desde el punto de vista espiritual**, como oportunidades para hacer el bien en el ministerio sacerdotal. Se trata de un candidato habituado a la confrontación y por tanto vigilante sobre sí mismo, cuyas deficiencias personales han dejado de ser un impedimento para la misión porque las ha unido al misterio de Cristo.

La idoneidad para el ministerio presbiteral se da cuando el candidato ha adquirido la capacidad de gestionar dinámicamente su personalidad en relación con los

valores sacerdotales. Llegará a ser más fácilmente el **primer responsable de su formación permanente**.

El protagonismo del seminarista en las dimensiones formativas

El primer dato que habría que observar es que el seminarista asuma su propio proceso de crecimiento en cada una de las dimensiones formativas, sin descuidar ninguna de ellas. Decimos en el lenguaje común que una persona es “completa” cuando desarrolla armónicamente todos los aspectos de su personalidad. No es necesario que sea perfecta, basta con que se ponga en camino, en nuestro caso, en el camino discipular, que exige un desarrollo integral. El dinamismo de autoformación es notorio si enfocamos cada una de las dimensiones formativas. A continuación vienen descritos una serie de criterios de discernimiento vocacional a partir del comportamiento de los seminaristas en cada una de las dimensiones de la formación. Conviene notar que el seminarista es siempre el sujeto de su proceso.

Dimensión Espiritual

Etapa propedéutica

- Descubre el valor del silencio como medio espiritual.
- Aprende a reservar un espacio para el encuentro con Cristo en la oración.
- Revisa su iniciación cristiana reconociendo su camino de fe.
- Aprende a vivir la experiencia sacramental.

Etapa discipular

- Estructura el encuentro con Cristo con un método de oración.
- Profundiza el camino discipular del cristiano.
- Participa de los sacramentos de manera consciente y metódica.
- Aprovecha los tiempos de retiro para encontrarse con Dios.

Etapa configurativa

- Lleva a la oración lo que estudia y las situaciones de su vida.
- Desarrolla los valores propios del sacerdote diocesano.
- Integra y asume el espíritu de la liturgia y los sacramentos.
- Hace un camino de configuración con Cristo Siervo y Pastor.

Etapa de síntesis vocacional

- Manifiesta la caridad pastoral en todas sus acciones.
- Actúa como buen pastor en el servicio a la comunidad.
- Vive los sacramentos con sentido eclesial, iniciando a otros.
- Busca sus propios espacios de silencio y de retiro.

Dimensión humana

Etapa propedéutica

- Identifica sus principales virtudes y defectos.
- Aprecia las virtudes humanas como camino de crecimiento.
- Aprende a hacer deporte, a tener higiene y orden personal.
- Se integra positivamente al grupo formativo.
- Respeta la persona y los bienes de los otros.
- Cuida y da buen uso a los bienes de la casa de formación.
- Crea vínculos de amistad con compañeros y formadores.

Etapa discipular

- Afronta su realidad personal y trabaja en su madurez humana.
- Desarrolla significativamente las virtudes humanas.
- Consigue hábitos de deporte, limpieza y orden.
- Consolida su sentido de pertenencia a la comunidad cristiana.
- Profundiza en la valoración de cada uno de sus compañeros.
- Se responsabiliza de los bienes y aporta para su mejoramiento.
- Fortalece y amplía sus vínculos de amistad.

Etapa configurativa

- Interpreta su realidad humana a la luz de Cristo y de la misión sacerdotal.
- Vive los valores humanos en relación con el evangelio.
- Transmite los valores del deporte, el orden y la limpieza.
- Edifica a los demás en la comunidad con motivos de fe.
- Es solidario con sus hermanos y con otros, en especial con los más necesitados.
- Pone al servicio sus bienes y cualidades.
- Profundiza las relaciones y se abre a nuevas amistades.

Etapa de síntesis vocacional

- Sus actitudes sacerdotales son un medio para edificar la comunidad.
- Aplica los valores humanos al servicio de la comunidad cristiana.
- Se inserta en una comunidad y se entrega al servicio en ella.
- Mantiene los hábitos de deporte, orden y limpieza en el contexto pastoral.
- Crea un vínculo fraterno con los agentes pastorales y sirve a los más necesitados.
- Ayuda a crecer a la comunidad y no se aprovecha de ella.
- Muestra interés por las personas, construye la comunidad.

Dimensión Apostólica

Etapa propedéutica

- Participa positivamente en las actividades pastorales.
- Ha asumido una actitud de compromiso social.
- Colabora con sus compañeros y con otros en equipo.

Etapa discipular

- Aplica medios pedagógicos y pastorales en el apostolado.
- Es solidario ante la injusticia y propone soluciones evangélicas.
- Se habitúa a trabajar en equipo y no individualmente.

Etapa configurativa

- Capacita a otros agentes pasando él mismo a un 2º término.
- Interpreta su vocación en la clave de la solidaridad y el servicio.
- Da un sentido eclesial al trabajo en equipo, dentro y fuera del Seminario.

Etapa de síntesis vocacional

- Asume la actividad pastoral como estilo de vida.
- Integra la dimensión social en su tarea pastoral.
- Consulta sus dudas e iniciativas en el apostolado y colabora con los agentes pastorales.

Dimensión Intelectual

Etapa propedéutica

- Aplica un método de estudio y se inicia en el hábito de lectura.
- Descubre su inserción personal en la Historia de salvación.

Etapa discipular

- Analiza y critica la realidad de modo sólido y objetivo.
- Adquiere una visión cristiana del mundo que lo rodea.

Etapa configurativa

- Aplica su capacidad crítica a los estudios y a la vida comunitaria.
- Integra los conocimientos adquiridos desde una visión de fe.

Etapa de síntesis vocacional

- Aplica su saber a la vida pastoral, interpreta la realidad.
- Ilumina los problemas actuales a partir del estudio teológico.

Después de este recorrido por las dimensiones formativas en el que se ha subrayado el crecimiento gradual de los seminaristas, queda en evidencia que **en realidad son ellos quienes van progresando**, contando con sus propios recursos, quienes mejor conocen su propia situación y por tanto la pueden evaluar.

La función del formador será más la de **un facilitador** que la de un artesano, porque los verdaderos protagonistas son el Espíritu Santo y cada seminarista. El formador no puede “fabricar” la santidad de los seminaristas, pero sí puede llegar a ser **un puente** para su encuentro con el Señor y su progreso integral. Para él será importante **contemplar** la obra que Dios realiza y **alegrarse** con ella, particularmente cuando el resultado es original y no reproduce el modelo del formador.

El estilo del acompañamiento personal y grupal

Si respetamos el protagonismo del seminarista, realizando la función del formador como un facilitador o un puente, y contemplando con gozo el crecimiento gradual del seminarista, también cambia el estilo del acompañamiento personal y grupal. **El elemento central será la escucha, unida a la observación**, con el fin de poder percibir con la mayor exactitud posible lo que ocurre en el interior de la persona del seminarista. También la escucha y la observación del grupo, para conocer el ambiente en el que viven y discernir si las dinámicas que los seminaristas establecen entre sí son evangélicas.

Es precisamente así como Jesús procede. En los relatos de los encuentros de Jesús el punto central es **una atenta escucha** que envuelve toda la realidad personal y se enriquece con la observación, para poder ofrecer una palabra clave y unos gestos precisos que comunican la salvación a cada persona en particular. En los relatos de la enseñanza al grupo discipular, Jesús **observa detenidamente lo que conversan entre ellos, intuye sus inquietudes y tensiones** y acude con una enseñanza bien situada en su realidad comunitaria que invita a realizar entre ellos el reino de Dios.

El resultado final del acompañamiento no es un consejo o una consigna dada desde arriba y desde fuera, sino **una reiterada confianza en la acción de la gracia y en los recursos presentes en cada seminarista y cada grupo** para que pueda caminar hacia una mayor libertad y hacia una más plena configuración con Cristo Siervo y Pastor.

El discernimiento vocacional

Promoviendo el protagonismo del seminarista cambia, por último, el modo de realizar el discernimiento. Ya **no es principalmente un juicio** que los formadores realizan sobre el comportamiento del seminarista, sino **una actitud del mismo seminarista** que, ayudado por sus formadores, se mantiene en una actitud de disponibilidad ante la voluntad de Dios y de escucha de la voz de la Iglesia. De esta

manera, nos podemos acercar al ideal, que consiste en que **él mismo tome la decisión vocacional adecuada** y la asuma con convicción y alegría, sabiendo que realiza lo debido.

En este estilo de discernimiento **la opinión de los formadores tiene su lugar**, pero deberá ajustarse a criterios objetivos y de ninguna manera podrá entenderse como un ejercicio de poder. El formador preparará los informes con temor y temblor, procurando ajustar cualquier expresión y cualquier juicio al criterio fundamental de **la búsqueda de la voluntad de Dios, del bien del seminarista y del bien de la Iglesia**. El informe de los formadores será **un reflejo de todo un proceso realizado** y no el resultado de una improvisación. Nos acercaremos al ideal de que todo su contenido sea conocido y asimilado por el seminarista gracias al prolongado proceso de acompañamiento que se ha realizado.

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero